mozo. A todos nos enjaularon, mas no fué de sustancia, que nos hallaron cabales de la marca, y á ninguno falso. Esta se pasó, mas el cuidado no, que á buena fe que andaba el amo deseoso de saber la verdad. Yo con el alboroto dejé pasar algunos dias, hasta que se olvidase y hubiese otro asno verde, sin osar poner las manos ni aun la vista en el arcon; mas la corcoba que el árbol pequeño hiciere, en cuanto fuere mayor se le hará peor: las malas mañas que aprendí me quedaron indelebles. Así pudiera sustentarme sin ello como sin resollar, y mas aquellas niñerías que ya les habia tomado el tiento y me sabian bien. No pude tenerme en la silla sin volver á caer y á visitarle de nuevo, volvíme á la querencia. Un dia que mi amo jugaba, parecióme lance forzoso asistir allí con otros cardenales, aunque le pesaba. Estaba el arcon en un retretillo come alcoba, mas adentro de la cámara en que dormia, y teniendo mi brazo arremangado dentro de él, acertó á darle á monseñor gana de orinar: levantóse á su aposento, y no viendo algun paje, tomó el orinal, que estaba á la cabecera, y estando orinando sentíle y alborotóme; quise con el sobresalto sacar el brazo de presto, cayóse el garrotejo rollizo en el suelo, y quedéme asido dentro, el brazo entre la tapa y el canton de las maderas; quedé como gorrion en la loseta, bien apretado. Al ruido del golpe monseñor preguntó: ¿Quién está ahí? No pude responderle ni apartarme de como estaba: entró dentro, y hallóme de rodillas castrando la colmena. Preguntóme ¿qué hacia? Hube de confesar: dióle tanta gana de reir en verme de aquella manera, que llamó á los que con él jugaban para que me vieran; riéronse todos, y rogaron por mí, que aquella se me perdonase por ser la primera, y golosina de muchacho. Monseñor porfiaba que no, y que habia de ser azotado. Sobre cuantos azotes me habian de dar hubo nueva chacota, que así los iban regateando como si fuera hechura de algun pontifical; quedaron de concierto fuesen una docena: remitieron la paga al dómine Nicolao, que servia de secretario; era mi mortal enemigo: diómelos con tales ganas en su aposento, que en quince dias no pude estar sentado; pero no le sucedió de ello como pensaba, que me lo pagó muy presto, y aun con setenas; y fué, que como los mosquitos le persiguiesen, y hubiese muchos en toda Roma, y en casa buena cantidad, le dije: Yo, señor, daré un remedio de que usábamos en España para destruir esta mala canalla. Él me lo agradeció, y con ruegos me importunó se le diese; díjele que mandase traer un manojo de perejil, y mojado en buen vinagre, lo pusiese á la cabecera de la cama, que todos acudirian al olor, y en sentándose en él irian cayendo muertos. Creyóme, é hízolo luego. Cuando se fué á la cama, cargó tanto número de ellos, y diéronle tan mala vida, que le sacaban los ojos á tenazadas, y le comian las narices. Dábase mil bofetadas para matarlos, y creyendo que moririan, pasó hasta por la mañana. La noche

siguiente, como el remedio hubiese atraido, no solo los de casa, mas aun de todo el barrio, labraron de manera, que le desfiguraron el rostro, y todo lo mas que pudieron alcanzar de su cuerpo, con tal exceso, que fué necesario dejar el aposento, y salirse de él huyendo. El secretario me quiso matar; y viéndolo monseñor de aquella manera, que parecia leproso, y que yo de miedo no parecia, se descompuso riendo de la burla que le hice, y mandóme llamar: preguntóme, ¿que porqué habia hecho aquella travesura? Respondíle: Vuestra señoría ilustrísima me mandó dar una docena cabal de azotes por lo de las conservas, y se acuerda bien cuanto se regatearon uno á uno: además de esto, no habian de ser azotes de muerte, sino de los que pudieran llevar mis años; el dómine Nicolao me dió mas de veinte por su cuenta, siendo los postreros los mas crueles; y así vengué mis ronchas con las suyas. Pasóse en gracia; y porque de mi atrevimiento pasado quedé azotado y desterrado del servicio de la cámara, serví este tiempo al camarero.

CAPÍTULO VIII.

Como Guzman de Alfarache vengó una burla que el secretario hizo al camarero á quien servia, y el ardid que tuvo para hurtar un barril de conserva.

Era hombre donoso, sin punta de malicia, todo del buen tiempo, hecho á la buena fe, sin mal engaño, salvo que era un poco importuno y mas de un poco imaginativo. Tenia unas parientas pobres, y cada dia les enviaba su racion, y algunas veces comia ó cenaba con ellas, como lo hizo la noche antes que sucediese lo que oireis adelante; y de achaque de un jarro de agua y unas tajarinas (que es un manjar de masa cortada, y cocida en graso de ave, con queso y pimienta), no vino bien dispuesto, fuése á la cama derecho, y metióse dentro desnudo. Pues como faltase á la cena de monseñor, y preguntase por él, dijéronle lo que pasaba; envióle á visitar, y respondió no sentirse bueno, mas que confiaba en Dios lo estaria por la mañana con la merced que su señoría ilustrísima le hacia, enviando á saber de su salud. Esto se quedó así por entonces, y á la mañana yo era ido á casa de las parientas con la comida, y un compañero mio quedó limpiando los vestidos para que su señor se levantara. Él y el secretario se burlaban mucho, y de las burlas (por ser sin perjuicio) gustaba monseñor. Levantóse el secretario, y fuése adonde mi compañero

estaba, y preguntóle: ¿Cómo está vuestro amo? Él respondió: Que reposaba, porque la noche antes no lo habia hecho, ni podido dormir. Volvióle á decir: Pues en tanto que no se viste, idos con este mi criado, ayudaréisle á traer cierto recado, y ha de ser presto, que yo quedaré aquí entre tanto: el mozo fué donde le mandaron. Ya el secretario, con el achaque de la cena fuera de casa, y haber faltado á la mesa, tenia trazada una donosa burla, y prevenido un mozuelo (que vestido en hábito de dama cortesana), se metiese tras de su cama, pues como estuviese durmiendo, y la entrada franca, para mayor seguridad entró el secretario primero sin ser sentido: el mozuelo se escondió, como estaba industriado, y estúvose quedo; volvió el secretario á salir, y fuése donde monseñor se paseaba rezando, el cual preguntó luego por el camarero. Respondióle: Señor, agora supe de él, y me dijo su criado no haber estado esta noche bueno; y no me maravillo, que antes de recogerme anoche le visité, y no me habló de buena gracia, no sé lo que tiene. Monseñor, que era la misma caridad, al momento le fué á visitar; y estando sentado á su cabecera, salió el mozuelo por la cortina trasera de la cama, y dijo: ¡Ay amarga de mí! Vóime, señor, que es tarde, por amor de mi marido; y así salió por medio de todos los criados del cardenal, que con él habian allí venido. Monseñor se admiró, que le tenia por un santo, y el camarero asombrado creyó ser vision. Comenzó á dar gritos: ¡Jesus, Jesus, el demonio! y así saltó en camisa de la cama, huyendo por toda la pieza. El secretario y algunos que lo sabian se estuvieron riendo, y en ello conoció monseñor que habia sido burla: dijéronle la verdad. El camarero no sosegaba, ni sabia por donde huir; y aunque todos procuraban reportarle, no volvió tan presto en sí; antes quedó asombrado y corrido de la burla por haber sido en presencia de monseñor. Disimuló cuanto pudo como cortesano, y el cardenal se fué santiguando y riendo del entretenimiento donoso. Ya cuando yo vine todo era pasado, mas tanto lo sentí, como si dado me hubieran otros tantos azotes: diera el camarero por vengarse un ojo de la cara. Como me vió triste, y él tambien lo estaba, me dijo: ¿Qué te parece, Guzmanillo, de lo que han hecho conmigo estos bellacos? Respondíle: Bueno ha sido; mas creo que si á mí me la hicieran, que no le diera su Santidad la penitencia, ni en mi testamento aguardara á dejarle la manda, que antes de ello cobrara la deuda, y no mal. Todos me tenian por travieso y tracista: no fué necesario muchas palabras, que ya me sacaba los bofes porque le dijese algo. Recelábame de darle consejo, por no ser lícito á un paje vengar las injurias de un ministro grave contra otro su igual; ande *cada oveja con su pareja,* que no son buenas burlas con los mayores: una bastó para mi satisfaccion, y en causa propia, que fué con disculpa; ¿quién ó para qué me embarcaba

en cosas de que no podia escapar menos que con buenos azotes, ó las orejas cuatro dedos mas largas, y sin pelo ni cañon en la cabeza? por eso callaba y estábame quedo; mas yo que de mio era bullicioso, siendo tantas veces importunado, haciéndome grandes ofrecimientos y promesas, y entender que monseñor habia de saber ser obra de mis manos, en defensa de quien por entonces era mi amo, determiné hacerme dueño de ello, y así dejé pasar algunos dias esperando que hiciese mas calor: cuando me pareció tiempo, y que el ordinario de España queria partir, el secretario trabajaba con gran priesa; compré un poco de resina, incienso y almáciga, molilo y cernílo todo junto, dejándolo hecho sutil harina. Estaba el mozo del secretario aquella mañana envuelto con los vestidos, limpiándolos de priesa, fuíme derecho á él, diciendo: Ola, hermano Jacobo, hágote saber que tengo en el asador un muy gentil torrezno, pan hay, si tienes vino serás mi compañero, y sino perdona, que quiero buscar camarada; él dijo: No, pesie tal, que yo lo daré, quédate aquí, que luego soy con él y contigo. Entre tanto que fué por él á la despensa, saqué mi papel de polvos, y volviendo las calzas, rociélas con un poco de vino que llevaba en un pomillo de vidrio, y polvoreélas muy bien, tornándolas á poner como el mozo las dejó. Él volvió bien presto con el jarro proveido, y antes que hablase palabra, su amo le estaba llamando, que se queria vestir; dejóme el vino en poder, y entróse allá dentro. Metiéronse en papeles, que hasta medio dia no pudo volver á salir. Era el secretario muy velloso, comenzaron los polvos á disponerse y hacer su efecto: era por los caniculares, y con la fuerza del calor obraron de manera, que desde la cintura hasta la planta del pié, se hizo un pegote tan recio y fortalecido, que le daba mal rato, arrancándosele un ojo con cada pelo. Como así se vió, comenzó á llamar su gente, para saber aquello qué fuese; ninguno le supo decir ni darle razon, hasta que el camarero entró, y le dijo: Señor, esto ha sido burlar al burlador, y *dar al maestro cuchillada: si buena me la hizo, buena me la paga.* Ella fué tal, pues con unas tijeras iban cortando pelo á pelo entre dos criados, y fué necesario descoser las calzas para poderlas quitar. La burla se solemnizó mas que la primera, porque escoció mas. De esta vez quedé confirmado por quien era, todos huian de mis burlas como del pecado.

Los dos meses del destierro se pasaron; despues volví á mi oficio con la misma poca vergüenza que primero. Ya tendrás noticia de la fábula, cuando apartaron compañía la vergüenza, el aire y el agua, que preguntándose dónde volverian á verse, dijo el aire que en la altura de los montes, y el agua en las entrañas de la tierra, y la vergüenza, que una vez perdida imposible seria hallarla. Yo la perdí, sin ella me quedé, y sin esperanza de volver á ella, ni me estaba á cuento, porque á quien le falta, la villa es suya. ¿A quién

lo pasado no pusiera escarmiento para no volver mas á caso semejante? Contaréte de la enmienda lo que me aconteció : ya tenia las tripas dulces, y tan hechas á ello, que aquellos dias que faltó, fué quitar al enfermo el agua ó al borracho el vino. Dejárame caer de lo alto de Sant'Angelo para hurtarlas del suelo; y es así, que *quien teme la muerte, no goza la vida* : si el miedo me acobardara, sin gozar de mas dulce me quedara. Hice mi cuenta; cuando en otra me hallen, ¿qué me pueden hacer? ¿Qué mal me puede venir? Siempre vi pintar al miedo flaco, despeluznado, amarillo, triste, desnudo y encogido. Es el miedo acto servil, muy propio en esclavos, nada emprende, de nada sale bien, como el perro medroso, que es mas cierto en ladrar que á morder : es el miedo verdugo del alma, y es necedad temer lo que evitar no se puede; érame imposible (por mi condicion) abstenerme. Venga lo que viniere, que *á los osados favorece la fortuna* : con mi persona lo he de pagar, y no con bienes muebles ni raices, pues Dios no ha sido servido darme tierra propia de que haga un bodoque, ni semovientes que conmigo no anden. Era monseñor aficionado á unos pipotillos de conservas almibaradas que suelen traerse de Canaria ó de las islas de la Tercera, y en estando vacíos, echábanlos á mal. Yo acaudalé uno de media arroba que me servia de baul, y en él tenia guardados naipes, dados, ligas, puños, lienzos de narices, y otras cosas de paje pobre. Mandó un dia, estando comiendo, á su mayordomo, que comprase á un mercader tres ó cuatro quintales de ellos, que habian llegado frescos. Yo lo estaba oyendo, y pensando en el mismo tiempo cómo valerme de un barril. Alzóse la mesa, recogiéronse todos á comer; entretanto me fuí á mi aposento, y en abrir y cerrar el ojo recogí dentro del que tenia cuantos trapos viejos y tierra hallé á la mano hasta henchirle; púsele su fondo, apretéle los arcos como si naturalmente le hubieran traido con raices de escorzonera : dejéle estar, poniéndome á la mira de lo que sucediera. Ves aquí sobre tarde, veo traer dos acémilas cargadas de conservas, que descargaron en el recibimiento; mandónos el mayordomo á los pajes las llevásemos al aposento de monseñor. Víle á la dama el copete : No os pasareis, le dije, sin que os asga del cabello : carguéme de uno, como todos los demás, y quedándome de los postreros, al pasar por delante de mi aposento, métole dentro, y saco el otro, el cual me llevé á la recámara, y así hice mis tres caminos, dando de todos buena cuenta. Cuando subí el postrero, púseme muy mesurado en la sala. Monseñor me dijo : ¿Qué te parece de esta fruta, Guzmanillo? aquí no se puede meter el brazo : poco valen las cuñas. Respondíle al punto : Monseñor ilustrísimo, *donde no valen cuñas aprovechan uñas*; y si no cupiere el brazo, valdríame la mano, y eso me bastara. Replicóme : ¿Cómo entrarán las uñas ni la mano de la manera que están? Esa es la ciencia (le respondí), que estando de otra, fácil de ser abiertas, ni

grado ni gracias; en las dificultades han de conocerse los ingenios, y en las cosas grandiosas de importancia se muestran, que no hincando en la pared un clavo, ni en calzarse los zapatos, cosas agibles de suyo ya hechas. Ahora pues (dijo), si en estos ocho dias fuere tu habilidad tanta que me hurtes algo de ellos, te daré lo que hurtares y otro tanto; pero si no lo haces te has de obligar á una pena. Monseñor ilustrísimo, le dije, ocho dias de plazo es vida de un hombre, negocio largo, y que podria ser cuando allá llegásemos, ó el concierto se hubiese resfriado, ó la memoria perdido : yo acepto la merced que se me ofrece, y si mañana á estas horas no estuviere negociado, dejo la pena en el arbitrio del secretario, porque estoy cierto de lo que desea vengar el enojo pasado, que todavía sabe á la pez, y no se la cubre pelo. Rióse monseñor y los que con él estaban, y así quedamos de concierto para el siguiente dia : mas como ya estaba el negocio seguro, pudiera desde luego salir de la obligacion, y dejélo hasta su tiempo. Estaba la mesa puesta, y monseñor sentado á ella comiendo los principios que yo serví primero; y mirándome á la cara con alguna risa, me dijo : Guzmanillo, poco te queda de aquí á la tarde, llegando se te va el plazo; ¿qué dieras ahora por verte libre? Ya el dómine Nicolao tiene puesto á punto el recado, y me parece que traza como vengarse de tí, y tú de satisfacerte de él; de mi consejo seria se hubiese bien contigo, no tanto por tí como por sí. Yo le respondí : Monseñor ilustrísimo, seguro estoy de la pena de sus manos, y no lo están las conservas de las mias; y si se pudiera jugar á siete, y llevar, y tuviera que perder mas de la pobreza de mi persona, de esta vez determinara jugarlo por tener mi suerte cierta. Así pasó la comida hasta el servir los postres, que tomando del aparador una media fuente, la llené del barril, y con ella me fuí á la mesa, y la puse en ella. Cuando monseñor la vió, admiróse, porque él mismo en su aposento guardó los barriles, y allí los tenia, que á nadie los fió por el apuesta, y se guardó la llave. Llamó al camarero, y mandóle entrar dentro, que los contase y viese si estaba alguno abierto ó mal acondicionado. Entró, y hallólos como se pusieron : salió diciendo que estaban enteros y cabales, sanos, y sin sospecha de faltar en alguno de todos ellos un cabello. Há, há, há (dijo monseñor), no te han de valer bellaquerías, de esta vez pagar tienes : querias decir que lo sacaste de los barriles, y lo tendrás pagado con tus dineros. Dómine Nicolao (dijo al secretario), yo os entrego á Guzmanillo, que hagais de él á vuestra posta, pues ha perdido en la apuesta. El secretario respondió : Monseñor ilustrísimo, vuestra ilustrísima señoría haga en él cual castigo le pareciere, que yo á par de él, ni de su sombra quiero llegarme, ni me atrevo, que le tengo por tal, que buscará sabandijas que me coman; si á mi castigo dejan su pena, yo le absuelvo, y le quiero por amigo. No he tenido culpa hasta ahora (respondí)

para que me den absolucion : donde no hay materia no tiene que buscar forma : yo tengo ganado lo que prometí, y cuando no fuere verdad, y se viere palpablemente, castíguenme como quisieren : ¿de qué sirven las palabras donde hay obras? Digo que esta conserva es de la que ayer se trajo; y no solo esta, pero un barril entero está en mi aposento. Santiguábase monseñor, maravillado cómo pudiera ser : en cuanto acabó de comer y alzaron la mesa, no hacia otra cosa que santiguarse con toda la mano ; y deseoso de certificarse de ello, se levantó, y fué á mirarlo por sus ojos. Habia puesto ciertas señales, hallólas fieles, el número cabal, consigo la llave, no sabia como fuese; creyó con mas veras que compré el barril, y díjome : Guzmanillo, ¿no sabes que metiste aquí tantos? Pues cuéntalos : yo los conté, y le dije : Monseñor ilustrísimo, cabales están, pero *de lo contado come el lobo* : ya veo que están buenos, mas no todos, y para que así se vea, tráigase uno que tengo en mi aposento, y abran aquel que allí está, y hallaránle trocado. Abriéronle, conociendo mi verdad y sutileza, porque la tierra y trapos viejos lo manifestaron; quedaron admirados de pensar cómo pudiera haber sido; todos me lo preguntaron, mas á ninguno lo dije. Luego supliqué se cumpliese conmigo lo prometido : así se hizo : mandáronme dar otro, y tuve dos : pero para que conociesen de mi ánimo ser noble, tal como me le entregaron le di á los pajes mis compañeros que lo partiesen entre sí; y aunque monseñor quedó escandalizado de la sutileza del hurto, admiróse mas de mi liberalidad, y túvolo en mucho. Temíase de mis malas mañas, y sin duda entonces me echara de su casa si no fuera tan santo varon; hizo una consideracion : si á este desamparo, algun gran mal podrá sucederle por sus malas costumbres; las cosas que en mi casa hace son travesuras de niñez, y de lo que no me pone en falta : menor daño es que á mí se atreva en poco, que con la necesidad á otros en mucho. Con esto hizo (para mejor disimularlo) del vicio gracia; y es gran prudencia, cuando el daño puede remediarse que se remedie, y cuando no que se disimule. Hízose risa de ello, contándolo á cuantos príncipes y señores le visitaban en las conversaciones que se ofrecian.

CAPÍTULO IX.

De otro hurto de conservas que hizo Guzman de Alfarache á monseñor, y como por el juego él mismo se fué de su casa.

La ordenacion de la caridad (aunque antes quedó apuntado), digo que comienza de Dios, á quien se siguen los padres, y á ellos los hijos, despues á los criados, y si son buenos, deben ser mas amados que los malos hijos. Mas como no los tenia monseñor, amaba tiernamente á los que le servian, poniendo (despues de Dios y su figura, que es el pobre) todo su amor en ellos; era generalmente caritativo, por ser la caridad el primer fruto del Espíritu Santo, y fuego suyo, primero bien de todos los bienes, primer principio del fin dichoso : tiene inclusas en sí la fe y esperanza, es camino del cielo, ligaduras que atan á Dios con el hombre, obradora de milagros, azote de la soberbia, y fuente de sabiduría. Deseaba tanto mi remedio, como si de él resultara el suyo. Obligábame con amor, por no asombrarme con temor; y para probar si pudiera reducirme á cosas de virtud, me regalaba de la mesa, quitándome las ocasiones y deseo; de su plato, de sus niñerías, cuando las comia, partia conmigo, diciéndome con mucho amor : Guzmanillo, esto te doy por treguas, en señal de paz; mira que como el dómine Nicolao contigo no quiere pendencia, conténtate con este bocado, y con que te reconozco vasallaje dándote párias. Decíalo sonriéndose con alegre rostro, sin reparar que estuvieran en su mesa cualesquier señores : era humanísimo caballero, trataba y estimaba sus criados, favorecíalos, amábalos, haciendo por ellos lo posible; con lo que todos le amaban con el alma, y servian con fidelidad, que sin duda *al amo que honra, el criado le sirve,* y si bien paga, bien le pagan, pero si es humano, le adoran. Y al contrario, al señor soberbio, mal pagador, de poco agradecimiento, ni le dicen verdad, ni le hacen amistad, no le sirven con temor, ni regalan con amor; es aborrecido, odiado, vituperado, pregonando en plazas, calles y tribunales, desacreditado con todos, y defendido de ninguno. Si supiesen los señores cuanto les importan honrados y buenos criados, la comida se quitarian para dársela, por ser ellos la verdadera riqueza; y es imposible que sea el criado diligente con el señor que no le amare.

Trajéronle á monseñor de Génova unas cajas de conservas muy grandes, muy doradas, labradas por encima, lo que se podia de-